

TRES ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES EN UNA OBRA DE PÉREZ GALDÓS

María del Carmen García Estradé
Institución de Estudios Complutenses

INTRODUCCIÓN: LA CIUDAD DE ALCALÁ DE HENARES Y SU RELACIÓN CON LA LITERATURA

La bella ciudad de Alcalá de Henares, construida a la altura del hombre, tiene una profunda raíz histórica, artística, religiosa y literaria. Destaca por su Catedral Magistral, bajo la advocación de los Santos Niños Justos y Pastor, única en Europa junto a la catedral de Lovaina (Bélgica); por su Universidad, fundada por el cardenal Cisneros, al recibir de Alejandro VI, la bula papal —necesaria para otorgar los grados—, el 13 de abril de 1499 (Hernández/Peset 1990: 15); por sus recoletos conventos en la arquitectura religiosa, y su Calle Mayor, en la arquitectura civil, presente en la Guía Guinness por ser la calle con soportales más larga de Europa; y, por el Museo-Casa Cervantes levantado en el solar donde, se erigió su casa. Corresponde, también, a la ciudad el orgullo de haber sido bautizado, en ella, el insigne escritor don Miguel de Cervantes Saavedra.

Alcalá de Henares, ciudad de la Comunidad de Madrid, consiguió el título de ciudad el 5 de mayo 1687), otorgado por el rey Carlos II, siendo comisionado por el Ayuntamiento, para su tramitación en la Corte, don Diego de Torres de la Caballería y Pacheco, regidor de Alcalá de Henares y caballero de Santiago. El caballero don Diego de Anchía prestó 500 ducados para el pago del título. La relevancia de este título reside en el marco protocolario, al obtener nuevas manifestaciones de autoridad y representatividad en el ceremonial de los actos públicos, con la presencia de cuatro maceros del Ayuntamiento en sus eventos públicos. En el marco legal, Alcalá de Henares era señorío del arzobispo de Toledo y de ahí se derivaba su ordenación jurídica, no obteniendo con

el título de ciudad grandes privilegios en este ámbito (García Estradé 2012). Alcalá de Henares ha sido elegida Ciudad Patrimonio Histórico de la Humanidad (2 de diciembre 1998) por el Comité del Patrimonio Mundial.

Literariamente, la ciudad manifiesta su presencia en varias obras, entre las que destaco *El sí de las niñas*, de Leandro Fernández de Moratín, donde, una posada alcalaína es el escenario del drama desde el principio hasta el fin de la obra (García Estradé, 2014: 627-647), pues la ciudad se sitúa en un enclave de caminos y, en el siglo XVIII, era parada obligada antes de continuar la ruta a Zaragoza y Barcelona.

Sin embargo, Pérez Galdós, de las muchas posibilidades que ofrece Alcalá de Henares como ciudad cultural, selecciona su Universidad para transmitir su vertiente sociocultural e incluir, en el personaje del estudiante del siglo XIX, su lado pícaro por el que se une a la tradición de tipos de estudiantes y pícaros del barroco con una versión propia. Veámoslo.

TRES MISTERIOSOS PERSONAJES

¿Quiénes son estos tres “misteriosos personajes”, así denominados por Pérez Galdós y en qué obra aparecen? Son tres jóvenes guerrilleros, personajes secundarios, que el escritor presenta en un *Episodio Nacional*, de la primera serie, titulado *Juan Martín, el Empecinado* (1874), una obra en la que el autor rinde homenaje a un héroe nacional, Juan Martín Díez, el Empecinado y a los guerrilleros, que lucharon a sus órdenes, en la guerra de partidas, contra el ejército invasor francés en la Guerra de la Independencia.

Gabriel Araceli, oficial del ejército regular, unido ahora a la partida del Empecinado y narrador testigo de esta novela histórica, desvela la identidad de los jóvenes, y hace su presentación en un retrato de grupo:

En los primeros momentos de la marcha satisface mi curiosidad de conocer a los misteriosos personajes a quienes oí nombrar por los apodos, pues apodos eran, de Viriato, Cid Campeador y Don Pelayo, porque los tres iban junto a mí y al punto me brindaron, lo mismo que a mi compañero, con su franca amistad. No eran barbudos personajes de teatro, ni fantasmas de héroes históricos evocados por la noche y la poesía, sino tres estudiantillos de Alcalá que desde el comienzo de la guerra se habían afiliado en la partida. Conservaban el traje clerical de las aulas con el sombrero típico, amén de la faja de cuero para el pedreñal y un sable corvo ganado en cualquier acción desfavorable a los franceses. Eran muy jóvenes, y uno de ellos casi tierno niño; los tres alegres, animosos, entusiasmados con aquella vida que para gente de otra casta será penosa, pero que para españoles ha sido, es y será siempre placentera (JMEE, c. 3, 29) ¹.

La técnica de este retrato de presentación de personajes se basa en el contraste. El retrato no se inicia directamente describiendo las características de los tres, sino que empieza indicando lo que no son, con dos oraciones negativas que aluden a tipos literarios, de carácter teatral y poético, muy diferentes a ellos, al evocar a personajes dramáticos y a los fantasmas de héroes históricos, para pasar, inmediatamente a decir

quiénes son, “tres estudiantillos de Alcalá, y cómo son. De este modo, por medio del contraste, y de decir, primero, lo que no son los personajes, se consigue dar una idea de seres reales, alejados de la literatura, y, asimismo, se recalca su juventud, al oponerlos a los actores barbudos (por tanto, de edad madura) y a los fantasmas de otra época. La técnica del contraste revela su gran rendimiento práctico, al resaltar más nítidamente las características de los personajes, mostrar su calidad de realidad y destacar su juventud. La etopeya ocupa las líneas finales del retrato, concentrándose en poner de relieve la alegría y el ánimo y entusiasmo de estos jóvenes por la vida guerrillera, rasgo que el escritor considera genuino y definidor de la casta española. A partir de unos rasgos individuales se eleva el autor a la categorización del estereotipo español.

El traje colegial

Un dato interesa destacar en la prosopografía de estos personajes, la mención del traje clerical que vestían los estudiantes. El autor acerca a sus lectores a la época, pues, en efecto, los estudiantes de Alcalá (y los de Salamanca) vestían en el Antiguo Régimen y perdurando esta indumentaria hasta el siglo XVIII, unos uniformes colegiales, basados en la vestimenta clerical, compuestos por una loba (a modo de sotana clerical) sobre la que se ponía la beca, banda de tela en forma longitudinal, larga y ancha que llegaba por delante, doblada en pico, hasta la cintura y, después, se echaba sobre los hombros, cayendo sus extremos por la espalda².

Esta beca servía para diferenciar a los colegiales de los eclesiásticos y, al tiempo, identificar a los colegiales por su color, teniendo cada colegio el suyo propio. La beca tenía una “rosca” (según el *DRAE*, “rollo circular que los colegiales llevaban por distintivo en una de las hojas de la beca”), forrada de seda del color de la beca. El Colegio San Ildefonso de Alcalá de Henares tenía el manteo y la beca de color pardo rojizo. Y el Colegio Santa Cruz de Valladolid, la beca roja, según señala Pérez Penedo, citado por Martín Ságara. El manteo era una capa larga que cubría la loba y, dio lugar a la denominación de “manteístas” para referirse a los alumnos que no habían estudiado en los colegios mayores, los cuales portaban la beca. Por último, la vestimenta se completaba con el bonete, según relata Pérez Penedo. El bonete es una especie de gorra de cuatro picos usada por los eclesiásticos y por los antiguos colegiales. Por eso, Pérez Galdós, siempre interesado en la vestimenta de sus personajes, rasgo que los caracteriza y diferencia, describe a los estudiantes de Alcalá, llevando, entre otros complementos, “el sombrerete típico”. El narrador (Gabriel Araceli/Pérez Galdós) que presenta a los tres personajes no es un narrador objetivo, puesto que manifiesta su afectividad subjetiva a través de los diminutivos “estudiantillos” y “somererete”, con los que consigue aproximar estos personajes a los lectores y despertar su empatía hacia ellos.

El traje talar (que llega hasta los talones, de ahí su nombre) ofrecía muchos beneficios a los estudiantes. Evitaba la envidia entre ellos y la competitividad por ver quién lo portaba enriquecido con más adornos costosos. Recuérdese, a ese respecto, el lujo de los estudiantes ricos, acompañados de una comitiva de criados, en el ejemplo del con-

de-duque de Olivares, cuando era estudiante, descrito tan atinadamente por Marañón. Y, además, esta vestidura uniformaba a todos los estudiantes, con independencia de la clase social a la que pertenecieran, enseñándoles la modestia y sobriedad en el vestir, requeridas por Cisneros y sus sucesores en las constituciones. A esto, se sumaba su bajo coste, que facilitaba su adquisición por los señores que vivían con estrecheces económicas y tenían que enviar a sus hijos a estudiar en los colegios mayores. Razones por las cuales era exigido por las autoridades, y los visitantes de los colegios ponían mucho celo en recordar su cumplimiento, aunque los estudiantes ponían el mismo empeño en saltarse esta norma, y salían de noche (lo que estaba prohibido) dejando colgado su uniforme colegial en la habitación y se acicalaban con sus mejores vestimentas para ir al baile y a sus correrías amorosas³ (Peset/ Hernández, 1983: 74-83; Hernández Peset1220: 127-134).

Los apodos

Otro aspecto importante a destacar es la presencia de los apodos. Pérez Galdós tiene predilección por los apodos, demostrada a lo largo de toda su obra., quizás por el colorido y la expresividad que otorgan a los personajes. Esta técnica literaria de referirse o evocar así a sus personajes creados ha sido observada desde pronto por los críticos y estudiosos de su obra. Hintderhauser relata que Casaldueiro estudia el fenómeno de los nombres alusivos hallados en toda la obra (1963: 284), pero es Ricart quien busca el origen de esta técnica y apunta a Ventura Ruiz Aguilera (autor de Proverbios, de la que hizo el joven Pérez Galdós una recensión) como posible inspiración, pues existe en su obra una serie de personajes con nombres alusivos, por ejemplo, un buen párroco de pueblo, se llama Ángel Bueno. Aunque, el autor alemán amplía este punto de vista considerando que, en todo el siglo XIX, hay, en la literatura española, una tendencia a dar nombres significativos a los seres de ficción: “Por consiguiente, la propia literatura española ofrecía a Galdós muchas posibilidades de estímulo en cuanto a este artificio onomástico” (286) que también se manifiesta en la literatura europea en las obras de Dickens y Balzac. y recuerda que “los nombres alusivos son tan antiguos como la onomástica y aparecen en la literatura por lo menos desde la época greco-romana” (286).

En cuanto al Episodio Nacional, objeto de esta investigación, ya desde el título, Juan Martín el Empecinado, aparece el apodo⁴ en la figura del protagonista; “empecinados” se denominaba a los vecinos de Castrillo de Duero (Valladolid), —patria chica de Juan Martín—, por la pecina, sustancia negruzca y espesa, a modo de lodo, formada en los charcos del arroyo Botijas⁵ que pasa por allí (García Estradé 2022: 133), cuyo origen queda explicado por el autor en el capítulo 6 de su novela. Otros personajes históricos y ficticios llevan apodo: don Saturnino Abuín *el Manco* (“Albuín” escribe Pérez Galdós), que perdió su mano izquierda y parte del antebrazo en Casar de Talamanca, según explica el escritor en el capítulo 7 de su novela, y al que el Empecinado defiende cuando es tachado de ‘tunante’ por un vecino, con estas palabras: “Garrapinillos —dijo D. Juan—no se habla de ese modo de un coronel. Este señor es el valiente don Saturnino

Albuín, a quien habrás oído nombrar. Su mano derecha es el terror de los franceses. Napoleón daría la mitad de su corona imperial por poder cortar esa mano” (García Estradé 2022: 134).

Otros apodos significativos, sin que aparezca su nombre civil, son el Crudo, también valiente guerrillero, que provoca la insubordinación de sus hombres contra don Juan Martín; Mosca verde, el cerrajero de la partida y el Empecinado menor, el Empecinadillo, un niño huérfano de dos años, según cuenta Viriato, a quien encontraron solo en el pueblo de Honrubia (Cuenca), después de ser arrasado por los franceses y que, al no saber su nombre e ingresar en el ejército empecinado como hijo adoptivo, le ponen el del jefe en diminutivo, el Empecinadillo, por su corta edad, (García Estradé 2022, en prensa).

A esta relación, se añaden los apodos, de carácter histórico, de los tres estudiantes de Alcalá de Henares: Viriato, Cid Campeador y Don Pelayo, así nombrados por su valor guerrero. Inmediatamente después del retrato de presentación realizado por Araceli, el testigo pasa a Viriato, quien toma la palabra e informa de la procedencia y parentesco de sus dos compañeros, del porqué de los apodos y de su breve historia. La identidad civil de los estudiantes se desvela en una gradación, completa de datos en el primero: Viriato es Aniceto Tortuera, y sus padres son labradores naturales de Campillo de las Ranas; disminuye en el segundo, del que sólo se conoce el título nobiliario de su padre, es hijo del marqués de Aleas⁶, y se pierde en el tercero, Don Pelayo, hijo de un bedel de la Universidad de Alcalá, de nombre desconocido para el lector.

FUNCIONES DE LOS TRES ESTUDIANTES EN LA OBRA

Estos tres personajes ejercen diferentes funciones dentro de la historia general de la obra: la función intrahistórica, la función humorística, la función literaria y la función emotiva. son las más representativas.

Por la función intrahistórica, se deja ver al lector cómo es la vida interna en el ejército empecinado, el día a día de las relaciones entre los guerrilleros, los menudos acontecimientos cotidianos. Y esta función impregna la actividad de los tres estudiantes. Pero, además, cada uno de ellos ejerce en especial, una función que se podría llamar propia. De este modo, la función humorística corre a cargo de Viriato en varias de sus intervenciones y la literaria es compartida por este y Don Pelayo, mientras que a Cid Campeador se le destina la función emotiva para significar las relaciones amorosas habidas entre él y la señá Damiana, joven guerrillera de este singular ejército. Se desarrolla en este trabajo solo la función humorística, la principal.

La función humorística y la personalidad de Viriato

De los tres estudiantes, Viriato es el que más protagonismo tiene en la novela y el número de sus intervenciones es mayor que el de sus otros dos compañeros. Representa, —además de ser un estudiante destacado en Humanidades e *Instituta*, como él mismo

informa— un joven de carácter festivo, alegre, amigo de bromas y dispuesto a las burlas, incluso, aunque sean crueles, pero donoso y conocedor de mil estrategias para salir airoso de situaciones comprometidas. Hay muchas facetas en su personalidad, y la mayoría de ellas manifiestan su competencia lingüística: 1) el Viriato relator, que presenta a sus compañeros ante Gabriel Araceli, les bautiza con los apodosos con que serán conocidos y explica su pequeña historia, como también lo hace con el Empecinadillo. 2) El Viriato latinista. 3) El Viriato-niñera, que se ocupa en destetar al Empecinadillo y realiza un monólogo humorístico con el niño (García Estradé, 2022). 4) El Viriato incumplidor de sus deberes que, nunca está cuando su jefe lo necesita y, dando la vuelta a la situación, resuelve el caso y responde diligentemente:

— ...Pero ¿no hay en este infernal pueblo un poco de chocolate?... ¡Señor Viriato de mil demonios!..., que siempre ha de desaparecer el tuno de mi ayudante cuando más lo necesito...

—Aquí estoy, mi general, —gritó Viriato que venía corriendo con una sarta de chorizos en la mano—. ¿Pedía vucencia chocolate? Ya lo he mandado hacer para vucencia y mosén Antón.

—Yo —dijo este— tengo bastante para todo el día con un pedazo de pan y queso, señor Viriato (p. 44).

5) El Viriato fabulador y mentiroso que inventa mil emboscadas con los franceses ante el dueño de la casa donde se alojan:

Estábamos en una anchurosa sala baja. Junto al hogar, el señor Viriato contaba al amo de la casa las más estupendas mentiras que he oído en mi vida, todas referentes a fabulosas batallas, encuentros y escaramuzas, que harían olvidar los libros de caballerías si pasaran de la palabra a la pluma y de la pluma a la imprenta. Oíalo todo el patrón con la boca abierta y dando crédito a tales invenciones, cual si fueran el mismo Evangelio (p. 66).

Con un espléndido sentido del humorismo, el narrador asocia las mentiras de Viriato sobre las hazañas guerreras con las enormidades descritas en los libros de caballería, prototipo, por excelencia, de la fabulación exagerada y muestra la credulidad bobalicona del dueño de la casa con una imagen religiosa, modismo verbal de valor coloquial (“ser el mismo evangelio”), que le lleva a considerar estas fabulaciones como verdades del Evangelio. Pérez Galdós consigue, así, por medio de la exageración, ponderar el sentido humorístico de la situación, en el contraste de dos tipos de personajes, el pillo y el crédulo, que se necesitan mutuamente para construir la escena.

5) El Viriato discursivo, exaltador de la vida guerrillera

—¿Adónde vamos?— pregunté a la mañana siguiente al señor Viriato, viendo que la partida se disponía a partir a toda prisa.

—Vamos a donde nos quieran llevar —repuso—. Parece que iremos hacia Molina. ¡Hermosa vida es esta, don Gabriel! Si durara siempre, debería uno sentirse satisfecho de ser español. ¿Para qué queremos más? Somos la gente más valerosa y más guerrera del mundo. Es una brutalidad estarse matando delante de un telar de lana, como los tejedores de Guadalajara, o hacer rayas en la tierra con el arado, como los labriegos

de la campiña de Alcalá- ¿No es mucho mejor esta vida? Se come lo que se encuentra, Dios, que da de comer a los pájaros no deja perecer de hambre al guerrillero.

Echóme este discurso el señor Viriato, mientras el señor Don Pelayo, que no había podido pasar de asistente, ensillaba el caballo del señor Sardina y del propio Viriato. (70).

Pérez Galdós incluye, irónicamente, un rasgo del estereotipo del español, el de llevar una vida libre y da una rápida, pero certera, pincelada social sobre el duro trabajo de los artesanos del textil⁷ y de los labradores, bien conocidos por Viriato porque sus padres lo eran. La referencia bíblica (“Dios que [...] guerrillero”) une la gracia humorística a la ternura, pero sugiere también un argumento —o excusa— para llevar una vida despreocupada, sin responsabilidades. Una alusión bíblica que, aunque muy conocida y empleada coloquialmente, por otra parte, ayuda a forjar la personalidad del estudiante, conocedor de la Biblia y siempre con sus citas eruditas, y compensa la imagen anterior del dificultoso trabajar para comer. La referencia procede del evangelio de Mateo 6,26: “Mirad como las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta”. Debe relacionarse este discurso de la exaltación guerrillera, con otro pronunciado por Cid Campeador en el que opta por la vida militar para su futuro, por lo que se deduce que a estos estudiantillos no les atraía la vida de estudio.

Otras facetas de su personalidad, relatadas por el narrador, hacen que el lector conozca al Viriato pendenciero (6), que se mete en riñas y es hábil en el arte del insulto (121-123), al Viriato machista (7), y al Viriato burlador cruel (8), que no duda en hacer leña del árbol caído en la triste figura de mosén Antón, prisionero del Empecinado, después de su traición. Se observa en todas ellas (salvo en la de burlador), un ingrediente común, la caracterización de su habla. La razón se debe a que este rasgo es el distintivo del estudiante por una parte y, por otra, constituye una manera propia de Pérez Galdós de construir sus personajes, distinguiéndolos por su modo de hablar. Hay también una misma función que enlaza estas intervenciones, la función humorística, a cargo de este estudiante. Por su relevancia, voy a exponer dos facetas de Viriato, el Viriato latinista y el Viriato insultador y machista, desarrolladas a continuación.

Viriato, latinista

En las universidades antiguas, la lengua vehicular para la enseñanza era la lengua latina: el catedrático daba su lección en latín y en latín hacía la lectura de los textos, el comentario y las explicaciones correspondientes. Así lo reconoce el catedrático de Derecho Romano, Rodríguez Eines: “Desde la creación medieval de las Universidades hasta la Revolución Francesa, toda la docencia y la investigación se realiza en latín. El Siglo de las Luces va a imponer con carácter definitivo las lenguas nacionales relegando para siempre a la latina” (2010, 121). Pero el autor matiza enseguida: “Serán los ilustrados quienes aunarán esfuerzos para la eliminación no del latín en sí, sino de la enseñanza *en latín*” (124). Y la defensa del uso de la lengua vernácula en tratados científicos se extiende por Europa. En España, tres son los ilustrados que señalan el castellano como la lengua propia y necesaria en la ciencia y, predicando con el ejemplo, escribieron en ella

sus obras: Benito Feijoo (*Teatro crítico universal*), Gregorio Mayans y Siscar (*Retórica*) y Juan Pablo Forner (*Exequias de la lengua castellana*).

Es coherente con la realidad universitaria de la época que un estudiante de Alcalá de Henares, emplease en su habla expresiones latinas intercaladas en la lengua castellana, como así hace Viriato desde su primera aparición, consiguiendo, a la vez, dos fines: la recreación social de un ambiente de época, el universitario, y la caracterización del personaje por su habla. Viriato inicia su discurso contando su pequeña historia a Gabriel con respecto a sus estudios universitarios y a su incorporación a la partida e incluye, en él, las primeras expresiones latinas:

—Yo, señor oficial —me dijo el que llamaban Viriato—, estudiaba en la Cmplutense cuando declararon la guerra a Napoleón. Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá, unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar... En los veranos era el primer corredor de tuna que se ha conocido desde que el gran Cisneros fundó la Universidad... De este modo, aunque no lo parezca, adelantaba mucho en mis estudios, siendo *nemine discrepante* en Humanidades e *Instituta*; pero llegó la guerra y al oír yo el *quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum*; al oír tal ruido de trompetas, tal redoble de tambores, tal relinchar de guerreros caballos, me sentí inflamado en bélico ardor (29).

En este discurso autobiográfico, se presentan expresiones en lengua latina que, por orden de aparición son: 1) *nemine discrepante*, que significa “sin contradicción”, “por unanimidad” (Herrero Llorente, 1992: 282); 2) *Instituta*, término equivalente a Instituciones, traducida por Instituciones (Herrero Llorente, 1992: 219) y 3) *quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum*, cuyo significado es “el casco sonoro de los cuadrúpedos golpea la llanura polvorienta” (Herrero Llorente, 1992: 369).

Además de la traducción, de su conocimiento exacto en castellano, interesa saber su naturaleza lingüística. La primera *nemine discrepante* es una frase hecha que, a día de hoy, se usa muy poco, se puede decir que es una voz desusada. Al sustituir la expresión por la castellana, se ve la falta de una palabra (“Siendo, por unanimidad, en Humanidades e *Institut*, siendo, ¿qué?”). Para suplir este vacío, Herrero propone la palabra “licenciado”. Igual podría ser “bachiller”, pues esta materia se estudiaba para obtener el título de bachiller en Cánones, y seguía estudiándose, después de la reforma de 1750 en las cátedras de *Prima y Vísperas*, o bien se puede llenar este vacío por “experto” o “el más sabio” u otras semejantes. Pero, afirma Herrero haber visto el texto, en todas las ediciones revisadas, como aquí aparece. Esta expresión latina, *nemine discrepante*, convive con otro modismo verbal español, presente en este discurso, “vivir de la sopa boba”, del que existe otra variante, “comer la sopa boba”, sopa compuesta básicamente por caldo y pan, (según el DRAE), que se repartía en los conventos. Precisamente, en Alcalá de Henares, en el convento de Santa María de Jesús —en cuyo solar se levanta ahora la Biblioteca abierta 24 horas 365 días al año, situado a la derecha de la Universidad—, el fraile franciscano que a él pertenecía, hoy san Diego de Alcalá, repartía la sopa boba a los mendigos, hecho que reflejó Murillo en su obra, titulada *San Diego de Alcalá dando de comer a los pobres* (García Estradé, 2018).

En cuanto a la alternancia de las voces *Instituta e Institutiones* para referir un mismo concepto, la materia jurídica sobre Derecho Romano que se estudiaba en las antiguas universidades, Vargas Valencia señala que el término apropiado es *Institutiones*, pero que la palabra *Instituta* se ha mantenido por costumbre en las universidades de tradición hispánica, según refiere Álvaro D' Ors (2001: 28). El *Diccionario de Autoridades* considera que *Instituta* es un término bárbaro: “Voz bárbara, usada comunísimamente por el resumen o compendio del derecho civil de los Romanos, que por disposición, y con autoridad del Emperador Justiniano, compusieron en quatro libros tres célebres Jurisconsultos, Dorotheo, intitulándole Instituciones de Justinian” (p. 285, vol. IV).

Herrero Llorente, que no registra el término *Instituta*, define las Instituciones así: “manual elemental de derecho redactado por Triboniano, Doroteo y Teófilo en cuatro libros, según el plan de las Instituciones de Gayo, pero divididos en títulos y párrafos”. El 20 de noviembre de 533 se dio a este manual fuerza de ley el mismo día que el Digesto. (1992: 219).

Con respecto a la tercera expresión latina, *quadrupedonte putrem sonitu quatit ungula campum*, no tiene que ver con una asignatura cursada en las universidades, ni es una frase fija. Se trata de un verso de Virgilio, presente en la Eneida (Eneida, 8, 596), como indican Herrero Llorente, y Molfulleda en su valiosa obra, *El latín en los Episodios Nacionales*, verdadero archivo de frases latinas en estas novelas históricas, quien señala que, abreviada, “quadrupedante sonitu”, aparece en Prim, (tomo noveno de la cuarta serie de los Episodios), perfectamente encajadas en el texto, en su opinión, y en la mía. Su finalidad, en el discurso autobiográfico de Viriato, es añadir el toque erudito, ampuloso y pedantesco del estudiante que, con su habla salpicada por citas de autoridades, no deja de recordar su procedencia académica. Esta cita, que pone en solfa a este tipo de estudiantes, dibuja una caricatura del mismo y, además, por su sentido humorístico, une al personaje con el repertorio de estudiantes pobres perfilados por Quevedo (*La vida del Buscón Don Pablos*), Mateo Alemán, (*Guzmán de Alfarache*), Vicente Espinel (*La vida de Estebanillo González*) y tantos otros en la literatura barroca española, cuyos rasgos, manifestados a través de situaciones humorísticas, exponen una crítica social.

Otra aparición humorística nos depara el estudiante al evocar uno de los poemillas o de las cancioncillas estudiantiles —de carácter goliárdico pues celebran el placer del vino—, con una máxima latina del grave filósofo Aristóteles, “*motus est causa caloris*”, intercalada en los versos castellanos, máxima ahora presentada en versión caricaturesca y festiva:

Llegóse a nosotros el señor Viriato, rogándole al jefe que le permitiera catar de un repuesto de aguardiente que detrás conducían en rellenos barriletes dos cantineros, a lo cual le contestó Sardina que avivase el andar y entraría en calos sin acudir a irritativas libaciones. El estudiantillo le contestó con aquella máxima latina:

Si Aristóteles supiera
aAliquid de cantimploris
de seguro no dijera
motus est causa caloris. (80)

No he encontrado esta máxima latina, como es calificada por Pérez Galdós, *motus est causa caloris*, ni en el *Diccionario de Autoridades*, ni en el *Diccionario de expresiones y frases latinas*, de Herrero Llorente, pero sí aparece en el Foro de Vino y Bodegas, en la sección “El refrán de cada día (25.7.04) donde refieren los refranes (así denominados) relativos al vino que comienzan con “S”: “Si Aristóteles supiera aquesto de cantimploris, cierto es que no dijera: «Motus est causa caloris». Y se añade, a continuación, el siguiente dicho: “Si Aristóteles supiera vuestros cascos, señor cura, cierto es que no dijera: «Nihil vacuum in natura». También se encuentran estos dichos en un texto académico, el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), de Gonzalo Correas, del que lo ha podido tomar el Foro de Vino y Bodegas, donde, en las entradas por “S”, se lee lo mismo, en ambos casos: Dichos, insertos en poemillas y canciones del folclore tradicional, como la que pone Pérez Galdós en boca de Viriato, en la que, los estudiantes se burlan de la máxima latina de Aristóteles (que sería de conocimiento común en las universidades), rechazándola, a fin de celebrar la especial bondad del vino para entrar en calor.

Esta máxima latina “*motus est causa caloris*”, ha sido empleada no solo en alegres poemillas o cancioncillas, sino, también, en graves discursos, por ejemplo, el pronunciado por Mariano Padilla, el 16 de octubre de 1842 en la apertura del curso de la Universidad Pontificia San Carlos, de Guatemala, donde se lee: “La palabra divina vibra aun entre nosotros, y esta vibración es el significado de vida comunicado a los seres”, concepto al que sigue una reflexión “Sobre el calórico, hijo del movimiento”, donde inserta la nota 12 a pie de página, que dice: “*Motus est causa caloris*, decía Aristóteles, y hoy ya es cosa sabida que el calor es causa y efecto del movimiento al mismo tiempo. El movimiento lo produce, y él pone en movimiento, a su turno” (p. 17). Esta cita muestra la presencia común de esta máxima que llega a las altas esferas de un discurso solemne y a la gracia humorística de una cancioncilla estudiantil en tono festivo, opción seleccionada por Pérez Galdós. Tanto Molfullea (1996) como Arencibia (2008) ven en las expresiones latinas un uso humorístico.

EL ARTE DEL INSULTO EN VIRIATO

Una de las facetas de la personalidad del estudiantillo Viriato es su carácter pendenciero, que le impulsa a meterse en riñas con sus compañeros guerrilleros. Una riña enfrenta a los tres estudiantes con la seña Damiana. Aunque llegan a las manos, lo más destacable es la pelea lingüística, entre esta y Viriato, salpicada de un conjunto de insultos no comunes, que, por su naturaleza, pueden clasificarse en estos grupos: 1) Histórico: mujer de Putifar, en el texto, “mujer de Putifarra”, “Lais”, “Aspasia.” 2) Mitológico: “Euménide”, Harpías (en el texto “harpía de seis colas”, interpretable también desde un punto de vista zoológico. 3) Militar: “sargentona”. 4) Titulación académica: “bachillera”. 5) Feminista: “marimacho”. 6) Religioso: “samaritana sin vergüenza”. Y, 7) Demoníaco: “bruja”. En la espiral de la violencia, los insultos se acompañan de amenazas de muerte y el ataque a Damiana manifiesta el deseo de su eliminación de la tierra por

estrangulamiento y por pegarle cuatro tiros, que según Viriato, se merece. En esta pelea, intervienen los tres estudiantes y la seña Damiana, Pero pronto quedan solos Viriato y la joven y se añaden, el sargento Santurrias y el Empecinadillo, presentes en breves, pero sustanciosas pinceladas.

La pelea se enciende por los celos de Cid Campeador, quien supone “en aquella Ximena veleidades en favor de Don Pelayo” (120-121). Pero esta, enseguida, comprende que todo se debe a los “chismes y enredos, obra del ingenioso *intellectus* de aquella lumbreira complutense nombrada el señor Viriato” (121), y, con él, la emprende a patadas, mientras, parte de los golpes recaen en quien no tiene culpa y estaba allí por azar, “la respetable persona del señor Santurrias, que se ocupaba de dar al Empecinadillo cucharada tras cucharada de sopas” (121). Ya se manifiesta, en esta primera etapa, la causa de la riña, el causante que la ha iniciado, y la entrada de un personaje nuevo, Santurrias, mientras los otros dos estudiantes han huido de la refriega. Las consecuencias no se dejan esperar y las paga el Empecinadillo que es recogido del suelo y “que por poco perece en aquel trance” (121). El lector asiste al desarrollo de la función intrahistórica protagonizada, en principio, por los tres estudiantillos y, luego, una vez separado Santurrias del enredo, personalizada en Viriato y la seña Damiana.

Comienza la segunda etapa, de carácter dialogado, con los insultos de los dos contrincantes. Esta segunda etapa comprende dos partes, con respecto al contenido. En la primera, se conocen los primeros insultos de Viriato a Damiana, referidos por ella, y su intento de seducción; también, se sabe la finalidad de esta estrategia de seducción, que Damiana se pasara al francés con los estudiantes, elevándose la gravedad del asunto y enlazando con uno de los temas medulares de la obra, la traición de Antón Trijueque a su jefe, don Juan Martín y a su patria, cuando se pasa al ejército francés. Es la seña Damiana quien va a descubrir esta perversa acción de mosén Antón, por lo tanto, es la seña Damiana quien da la voz de alerta al ejército empecinado. Al verse descubierto, Viriato intensifica su agresividad, llegando a la amenaza de muerte. Ataca la seña Damiana (ya separada de Viriato, al que casi ahoga):

—El muy canalla, piojoso, me llamó *mujer de Putifarra*... El *Putifarro* será él... Señor oficial —añadió dirigiéndose a mí—, este Viriato es un traidor y quiso seducirme.

—Tan gran delito no puede quedar sin castigo. ¿Qué marca la Ordenanza contra los Viriatos que quieren seducir a las Damianas?

—Eso quisieras tú, Euménide, harpía de seis colas, marimacho de mil demonios— dijo el de Alcalá, poniendo el dedo sobre las distintas heridas de su cuerpo para tantear la gravedad de ellas

—Sí, señor, me quería seducir para que me pasara con ellos al francés.

—Calla, bruja, sargentona, o te estrangulo —gritó Viriato—. Aquí está Santurrias, que puede decir si soy traidor o no.

—Sí, sí, sí —gritó la guerrillera en medio del camino con una furia loca—. Estos *endinos* son traidores como don Saturnino, y se pasan a los franceses. Allá va, allá va... —añadió señalando el barranco—, ¡allá va mosén Antón, que se pasa a los franceses con sus amigos! (fin de la primera parte, 121-122).

El guerrillero ataca a una mujer con otras mujeres, aludidas en nombres propios de personajes históricos, y mitológicos, o de tipos sociales de lo más tenebrosos, asociados con lo demoníaco (bruja), y referidos como insultos, a los que él añade a veces, matizaciones propias que incorporan la comicidad (marimacho de mil demonios).

Solo por asociación fonética, que no por conocimiento histórico de que sea la mujer de Putifar un símbolo de la lujuria y del adulterio, entrevé Damiana que la están llamando ‘puta’ y le devuelve el insulto con “putifarro”, deformación burlesca de Putifar. Es un insulto machista, duro, contra la conducta sexual de la joven que pervierte su identidad. Pero, también ofrece un lado cómico y la comicidad reside en esta deformación burlesca del nombre. El insulto machista se apropia de los grados militares (sargento, generala) para satirizar la autoridad de la mujer, “sargentona”, significa “mujer autoritaria” (DDI 2017: 413) y el aumentativo –ona implica desprecio. Antes de esta ocasión, Viriato ha dejado ver su machismo en otra discusión con la guerrillera.

Con respecto a la mitología, Euménides (“benévolas”), es el nombre que se daba a las Erinias, entre los griegos, para no despertar su ira pronunciando su verdadero nombre. En la mitología romana, se las llama Furias. Son monstruos híbridos de mujer (la cabeza) y de ave (las alas) y en sus cabellos, se entrelazaban serpientes⁸. En la Eneida de Virgilio aparecen como divinidades infernales (Mayor, 2012: 6). Eran “las vengativas” y, este significado, creo, es el que se aplica a la joven por vengarse de Viriato, haciendo público su intento de seducción y su traición.

De la arpía (se escribe con “h” o sin ella) en el Diccionario del insulto, se dice: “Mujer grosera y malvada < del gr. harpazein, (“llevarse”, “tomar”), del nombre de los monstruos mitológicos con rostro de mujer y alas de buitre, que atacaban los banquetes y lo robaban todo”. Ariosto intensifica su aspecto atroz al resaltar su larga cola de serpiente. La gracia de Viriato está en que no se refiere a una harpía cualquiera sino que es “harpía de seis colas”. En zoología, también existe, el águila harpía, nombre tomado de la mitología. Habita en Méjico y Ecuador, tiene fuertes patas con poderosas garras que sirven para raptar a niños pequeños. Es el emblema de Panamá (León, Diario de 2022). Sobre su significado actual, Mayor señala que “la palabra harpía designa a una persona de carácter muy fuerte, violenta y malvada” (2012: 18).

Estos insultos, (Euménide, harpía de seis colas, sargentona, etc.) forjan verdaderos retratos miniatura, a pesar de su brevedad, —una sola palabra, o alguna más—, basados en paremias⁹, (ser una Euménide, ser una harpía, ser una bruja), aunque suprimen el verbo ser, en función de la economía del lenguaje, por insertarse en una situación dialógica.

La pelea se interrumpe momentáneamente, para fijar la atención en mosén Antón que baja por el barranco. Se inicia un núcleo temático centrado en el conocimiento de la traición de Tijueque, reafirmada por Damiana, y la impresión que causa a la tropa, señalado con una estructura circular¹⁰, iniciada (al final de la 1ª parte de la segunda etapa de la pelea), con el grito de Damiana: “Allá va, allá va [...] mosén Antón que se pasa a los franceses con sus amigos” y acaba con un grito semejante que pasa de boca en boca entre los guerrilleros: “¡Mosén Antón se pasa a los franceses”.

Y comienza la segunda parte centrada en la reacción vengativa de Viriato contra Damiana por haberlo descubierto, manifestada en una respuesta machista, cuyo destinatario ya no es Damiana, sino la tropa empecinada:

—¡No crean a esta Lais bachillera, a esta loca Aspasia, a esta samaritana sin vergüenza— exclamó Viriato. ¿Quién hace caso de una mujer? Si le dieran cuatro tiros, como merece, no diría que mosén Antón es traidor.

—¡Sí lo digo! —prosiguió Damiana gritando con voz ronca en medio del camino—. Lo digo cien veces, porque lo sé, y el señor Don Pelayo andaba contratando gente para esta picardía. ¡Yo soy muy patriota, yo soy muy española, yo soy muy empecinada y viva Fernando VII! ¡Viva don Juan Martín! ¡Viva Orejitas! (122-123).

Los nombres de mujeres históricas configuran los insultos, que ni Damiana ni la tropa empecinada pueden interpretar. Se refieren a mujeres griegas que influyeron en hombres famosos captando su voluntad por su retórica, inteligencia e intrigas. Y su comicidad reside en el contraste que se produce al oír los nombres cultos y eruditos en una situación tan instintiva y visceral como la de una pelea. ¿Hay algo más grotesco que injuriar a una mujer de pueblo, en una riña, con los nombres de mujeres destacadas por cultivar su espíritu con saberes y retóricas y relacionadas con las personalidades más conspicuas de su época (Aspasia con Pericles, Lais figura como amante de Apeles)?

Toda la escena referida a la pelea es trascendental para el curso de la novela, pues determina quién es cada cual y pone a cada en su sitio. Esos tres estudiantillos con el habla pedantesca y latina de uno de ellos, que tanto nos han hecho reír o, al menos, sonreír, son unos traidores, y la inculca Damiana, hija del pueblo, que no sabe pronunciar la palabra indignos y la trastoca por “endinos,” es la patriota. De modo que el lector puede preguntarse, ¿qué semilla de formación ha dejado la universidad de Alcalá de Henares en algunos de sus jóvenes estudiantes? ¿Ha servido para formar su conciencia en la rectitud de la conducta? Al contrastar la actitud de estos estudiantillos pilletes, ahora, traidores y la de la guerrillera, Pérez Galdós toma partido por la mujer joven, pero fuerte y de nobles sentimientos. Y en un clímax de apoteosis cierra el episodio con un grito de tres vivas, al rey, a don Juan Martín y a Orejitas, que, anteriormente, ha rechazado la propuesta de mosén Antón de pasarse a los franceses.

Con las palabras “*Mínora canamus*, el narador anuncia que cambia de tema pasando a asuntos menores, las anécdotas del Empecinadillo, después de haber cantado los graves asuntos militares. La expresión latina es una adaptación de “*maiora canamus*”, (cantemos asuntos más elevados), presente en Virgilio (*Bucólicas*, 4,1 (Herrero Llorente, 1995: 250).

REFLEXIONES FINALES

Pérez Galdós construye el retrato de los tres estudiantillos de Alcalá de Henares, con los rasgos típicos del estudiante: alegres, entusiastas de la libertad (o lo que es igual, de la vida guerrillera), muy jóvenes y vestidos con “el traje clerical de las aulas”. Los tres tienen apodos, Viriato, Cid Campeador y Don Pelayo por su valor guerrero, que no se

escenifica en la obra. El autor no trata a los tres por igual. Entre ellos, el protagonista es Viriato, a mucha distancia de los otros dos, por lo que este estudio se centra en él.

En Viriato se encarna el prototipo de estudiante, que, a los rasgos ya enunciados, se añade la grandilocuencia y ostentación de sus saberes (es el mejor tuno, nada menos que desde la fundación de la Universidad por Cisneros, el mejor estudiante de Humanidades e Instituta). Es un personaje secundario muy trabajado por Pérez Galdós, quien se esmera en distinguirlo por su habla y por su humorismo.

El habla de Viriato se caracteriza por dos aspectos principales: la inclusión del latín —en diferentes modalidades: una expresión fija, un *vero*, una máxima, un nombre propio— y la maestría en el arte del insulto, procedente de ámbitos dispares: el histórico, militar, feminista, religioso y mitológico, con referencias clásicas de la cultura griega (Euménide, harpía, Aspasia, *Lais*), que añaden, de nuevo, un aire pedantesco en sus riñas y propician el humorismo. La competencia lingüística de Viriato hace que desempeñe diferentes actividades relacionadas con el lenguaje y muestre singulares facetas de su personalidad: el Viriato relator, discursivo, fabulador mentiroso, y el burlador cruel, entre otras, destacando el Viriato pendenciero, y el Viriato machista.

El humorismo, se ejemplifica en varios de sus géneros: la ironía del narrador Araceli al referirse alguna vez a Viriato; la caricatura del estudiante con su habla pedantesca; la parodia de la máxima de Aristóteles, e. incluso, llega al sarcasmo cuando apoda con los nombres gloriosos de Viriato, Cid Campeador y Don Pelayo a tres traidores que se pasan al francés, los tres estudiantes. Los apodos encierran un secreto humorismo, porque no son lo que parecen, sino todo lo contrario. El apodo no se corresponde con el personaje. Las citas latinas, además de ser rasgos diferenciadores del habla de Viriato, al que marcan con un perfil de sabihondo y pedante erudito, propician la comicidad, al igual que los insultos presentan marcadores de la gravedad de la injuria y del aspecto cómico. Insultos que visualizan el machismo de Viriato. Con ellos, Viriato formula un retrato negativo y siniestro de Damiana, opuesto a su espíritu noble de sentimientos patrióticos, necesario para reducir la fuerza de los comentarios de la joven y expulsar su propia ira. En esta demolición de la identidad de Damiana, ataca su femineidad, tachándola de marmacho, su sexualidad, denominándola “mujer de Putifarra”, su intelecto, al calificarla de “*Lais* bachillera”, su mente, “loca Aspasia”, su religiosidad, al considerarla “samaritana sin vergüenza”, y su inserción social, al tildarla de “bruja” (“Mujer con poderes, más o menos sobrenaturales y diabólicos” (DDI 2027:74), insulto de exclusión social, sin olvidar los insultos mitológicos.

En definitiva, Pérez Galdós lega a la literatura su versión del estudiante pobre, sopista, pícaro y alegre del siglo XIX, en una acuñación personal, caracterizada por la pedantería erudita, el machismo, la maestría en el arte del insulto y la traición, lo que lo incluye en la galería de estudiantes pobres de las letras españolas del barroco, que aúnan humorismo y crítica social.

BIBLIOGRAFÍA

ARENCEBIA, Yolanda, “El latín como recurso literario en Pérez Galdós”, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*, Alcañiz, Madrid, 2008, 429-445.

CORREAS, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales Texte établi, énoncé et présenté par Louis Combet*, Université de Bordeaux, 1967.

GARCÍA ESTRADÉ, M^a del Carmen, “La estructura circular en las novelas es-
perpénticas de Valle-Inclán”, *Isla de Arriarán*, N^o 14, Málaga, 1999, 271-292.

ID., “Presencia de la ciudad de Alcalá de Henares en una obra dramática de Leandro Fernández de Moratín”, en *XIII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*, Guadalajara, 2012, 179-189.

ID., “La posada alcalaína: sátira, cuadro de costumbres y etnografía en *El sí de las niñas*” en *XIV Encuentro de Historiadores del valle del Henares*, Guadalajara, 2014, 627-647.

ID., “San Diego de Alcalá, dando de comer a los pobres” *Un santo sevillano en una pintura de Murillo*”, Alcalá de Henares, 2018, 333-350.

ID., “Un guerrillero del siglo XVIII, Juan Martín, el Empecinado, en la obra de Pérez Galdós”, *IFEESXVIII*, Oviedo, 2022.

ID., “El Empecinadillo en Juan Martín el Empecinado: La presencia de la infancia en un Episodio Nacional, de Pérez Galdós”, *Las Palmas de Gran Canaria*, 2022 (en prensa).

HERRERO LLORENTE, Víctor José, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Gredos, Madrid, 1995.

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, y PESET, José Luis, *Universidad, poder académico y cambio social*. Consejo de Universidades, Madrid, 1990.

HINTERHAUSER, Hans, *Los “Episodios Nacionales”*, de Benito Pérez Galdós, Gredos, Madrid, 1963.

LEÓN, Ana de “El ave harpía, emblema de Panamá”, *Diario de Sevilla*, 17.6.2022.

LUQUE, Juan de Dios, PAMIES, Antonio y MANJÓN, Francisco Javier, *Diccionario del insulto (DDI)*, Ediciones Península, Barcelona, 2017.

MARAÑÓN, Gregorio, *El Conde-Duque de Olivares*. Espasa Calpe, Madrid, 1980, 29.

MARTÍN SÁRRAGA, Félix O. “El traje escolar del Antiguo Régimen y el de la Tuna”. En <http://tunaemundi.com/index.php//publicaciones/sabias/7-tunaemundicat/103-origen-del-traje-de-la-beca-y-sus-usos>. (Consultado el 18 de agosto de 2022).

MATEO, Evangelio, en *Sagrada Biblia*, versión de Eloíno Nácar y Alberto Colunga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1970.

MAYOR FERRÁNDIZ, M^a Teresa, “Monstruos femeninos en la mitología griega”, *Revista Clases Historia*, marzo 2012.

MOLFULLEDA, Santiago, *El latín en los Episodios Nacionales*, Publications Universitat de Barcelona, Barcelona, 1996.

PADILLA, Mariano, Conferencia de apertura de curso, Universidad Pontificia San Carlos, Guatemala, 1842, 17.

PÉREZ GALDÓS, B., Juan Martín, el Empecinado, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

PÉREZ PENEDO, Enrique, “La tuna; una tradición en constante evolución”, II Cº Iberoamericano de tunas. Centro Cultural Puertas de Castilla. Murcia, 13.4.2012.

PESET, José Luis y HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, Estudiantes de Alcalá, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, 1983.

RODRÍGUEZ EINES, Luis, “La progresiva sustitución del latín universitario por las lenguas vernáculas”, AFDUDC 14, 2010, 121-136.

VARGAS VALENCIA, Aurelia, Las Instituciones de Justiniano en Nueva España, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2001 28.

NOTAS

- 1 Las citas de Juan Martín el Empecinado, se hacen por la edición de Alianza Editorial, Madrid, 2017.
- 2 El DRAE, en su 2ª acepción, dice: “Banda de tela que, como distintivo colegial, llevaban los estudiantes, plegada sobre el pecho con los extremos colgando por la espalda y que hoy solo se usa en ciertos actos”.
- 3 Peset y Hernández relatan, los procesos incoados, en 1777, al estudiante granadino del Colegio Trilingüe de Alcalá de Henares, José Martínez Benítez, por no cumplir las normas colegiales: la prohibición de salir de noche, de no llevar el traje de estudiante en las salidas al exterior y de relacionarse con mujeres de dudosa reputación, lo que provocó su encarcelamiento en la cárcel colegial, la pérdida del fuero colegial y, por último, la expulsión de su colegio alcalaíno.
- 4 Pérez Galdós, usa la palabra “motejados” (García Estradé, 2022).
- 5 El arroyo Botijas nace e Las Madres, (término de las Cuevas de Provanco, Segovia) y desemboca en el río Duero por la Huerta del Coronel, pequeña finca que el arroyo atraviesa.
- 6 Aleas es un lugar geográfico perteneciente al señorío de Beleña (Guadalajara), creado por Alfonso VIII y constituido por otros pueblos. El cuarto señor de Beleña, don Melén López de Velasco creó el mayorazgo de la Villa y Castillo de Beleña, el 12.1.1439 y el séptimo señor (de igual nombre que el cuarto) se lo vendió al primer marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza en 1452 Este lo pasó en herencia a su primogénito, don Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana y primer duque del Infantado. Aleas celebra la festividad de su patrón san Roque, el 16 de agosto, y se destaca por la presencia de su botarga, personaje tradicional y folclórico, de origen prerromano. Su vestido es de llamativos colores.
- 7 En Brihuega se fundó, en 1750, la Real Fábrica de Paños.
- 8 Su origen se relata en la Teogonía de Hesíodo, Urano, castrado con una hoz por su hijo, salpico la tierra con gotas de sangre, recogidas por Gea quien, al cabo de un año, parió a las Erinias (Mayor 2012:14). Eran “las vengativas”, perseguían los delitos de sangre contra miembros de la propia familia.
- 9 El modismo verbal “ponerse como una harpía” (solo se usa aplicado a mujeres) significa “enfadarse de forma muy violenta, perdiendo completamente el control, o los estribos, desmadrándose”(Mayor, 18)).
- 10 La estructura circular es una técnica literaria. Consiste en repetir las palabras iniciales de una secuencia al final de esta, de forma idéntica o semejante (García Estradé 1999: 271-292).